VI Domingo de Pascua, Ciclo C

Con sola su figura

"Dijo Jesús: Si alguno me ama guardará mi palabra y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos morada en él". San Juan, cap.14.

En épocas pasadas, los niños aprendíamos de memoria las cadenciosas fórmulas del Catecismo de Astete. Y allí sonaba una pregunta que hoy no formularíamos sin asombro: ¿Dónde está Dios? El sabio jesuita respondía: "Dios está en todas partes, pero principalmente en el cielo, en el Santísimo Sacramento del altar y en el alma del justo".

Pero el cielo estaba muy distante. El sagrario se escondía allá en el templo y nuestra vida retozaba entre patines y cartillas, pendencias y balones. Nos hubiera gustado aprender más sobre esas "todas partes" donde habita Dios. Nos hubiera gustado que alguien nos dijera con sinceridad si éramos justos.

Fue san Juan de la Cruz, quien más adelante nos descubrió esa divina y universal presencia. El Señor, con sola su mirada, ha vestido de hermosura incomparable, los valles solitarios, el silbo de los aires, la noche sosegada, la música callada, la soledad sonora. El buen fraile entendía que creer es igual a enamorarse. Que esta vida es una búsqueda continua de dos que bien se aman.

Mientras Jesús se despide de los suyos, el apóstol Tadeo le pregunta: "¿Por qué te has manifestado a nosotros y no a otros más?"

El Maestro responde: "Si alguno me ama, guardará mi palabra y mi Padre le amará y vendremos él y haremos morada en él".

Guardar la palabra es una expresión bíblica, muy frecuente en los libros sapienciales. Los padres judíos exhortaban a sus hijos a conservar su enseñanza. Los rabinos amonestaban a sus discípulos a obrar rectamente, guardando así su doctrina. A su vez, Jesús motiva a sus seguidores a vivir a su ejemplo. Esto quiere decir guardar sus mandatos.

Pero Jesús también desvela otro secreto sobre las relaciones entre El y nosotros. Habla de un Dios que es Padre, que vendrá a hacer morada en nuestro interior.

Al comienzo de su evangelio san Juan escribió "El Verbo de Dios se hizo carne y acampó entre nosotros". Pero aquí hay algo más. Cuando el Creador se une a nuestra caravana, se hace compañero de viaje. Sin embargo, querer vivir dentro de alguien es una hazaña que sólo intenta quien ama demasiado. Y bien sabemos que este habitar significa presencia, diálogo, compañía, seguridad, alegría, fortaleza.

Por todo esto Jesús añade, avanzando en su respuesta a Tadeo: "Os he hablado esto ahora que estoy a vuestro lado, pero el Espíritu Santo será quien os enseñe todo y os vaya recordando lo que os he dicho". Todos hemos sentido alguna vez que una fuerza, distinta a aquellas que conocemos e impulsamos, nos ha movido el corazón. Sabíamos que venía de lo alto, pero sin conocer por qué caminos llegaba hasta nosotros.

El Maestro nos enseñó que ese poder es el Espíritu de Dios. El que ha derramado su gracia en cada cosa de la creación. El que habita, como un imperturbable inquilino, en

el corazón de los creyentes. Esta presencia nos convierte en justos. Y nos invita a verificar que todo el mundo está vestido de la hermosura de Dios.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y.